

● ADA AURORA SÁNCHEZ PEÑA

El último lector de David Toscana o la lectura como revelación

La lectura, vista como proceso o como producto, no es sino un entrecruce de subjetividades, un ir hacia el otro y *lo* otro. Como desplazamiento, encuentro y revelación, la lectura es la única vía a través de la cual el texto emerge más allá de su materialidad. Ya lo dijo Wolfgang Iser: “un texto sólo despierta a la vida cuando es leído” (Iser, 1993: 99-100).

Desde la metaliteratura, los dobleces y complejidades del acto de leer han sido motivo de reflexión y exploración, aunque probablemente menos que los vinculados particularmente a los problemas de la escritura literaria. Desde la posición de autorreferencialidad, el lenguaje artístico observa el universo extraordinario que se despliega en la producción y recepción del mensaje literario.

En este texto se busca examinar la lectura como eje temático de la novela *El último lector* (Anagrama, 2004a),¹ del escritor regiomontano David Toscana (1961). Asomarse a la propuesta metaliteraria de uno de los exponentes más distinguidos de la narrativa mexicana actual permite un acercamiento a diversas cuestiones asociadas al acto de leer, por ejemplo, el placer estético, los tipos de lectores, la novela como género literario, el paso de la realidad a la ficción, la impostación, así como la relación entre vida y literatura, por señalar algunos. Sobre todo, se está al alcance de una visión de mundo fincada en cierta medida en la asunción de la lectura como descubrimiento y revelación.

1 Todas las citas textuales que se hacen de la novela corresponden a esta edición.

Luego de abandonar el ejercicio de la ingeniería industrial, Toscana se dio a conocer como escritor en 1992 con *Las bicicletas*, una novela corta ambientada en el norte de México y escrita durante su estancia como becario del Centro de Escritores de Nuevo León. Después de este acontecimiento, su carrera literaria ha ido en ascenso, tanto por la calidad de su producción narrativa, que suma dos libros de cuentos y siete novelas,² como por las distinciones y premios que ha obtenido.³

Por su origen geográfico e interés por la recreación de espacios ubicados en el norte de México, David Toscana ha sido identificado como parte de la llamada *literatura del desierto o del Norte*. Se le asocia con un grupo de escritores nacidos en Baja California, Sonora, Chihuahua, Tamaulipas y Nuevo León, quienes desarrollan temáticas y tienen estilos diversos, pero coinciden en la intención de promover la renovación literaria y en haber crecido en contextos en que el desierto y la vecindad con Estados Unidos son circunstancias insoslayables. Entre los escritores de la década de los sesenta que destacan en la llamada literatura del desierto están Luis Humberto Crosthwaite, Cristina Rivera Garza, Felipe Montes, Eduardo Antonio Parra y Pedro de Isla.⁴

2 Los libros de cuentos son *Lontananzas* (2001 [1997]) y *Brindis por un fracaso* (2006a). Las novelas son las ya mencionadas *Las bicicletas* y *El último lector*, además de *Estación Tula* (2001 [1995]), *Santa María del Circo* (2004b [1998]), *Duelo por Miguel Pruneda* (2002), *El ejército iluminado* (2006b) y *Los puentes de Königsberg* (2009).

3 *Santa María del Circo* fue reconocida por el Publisher's Weekly como uno de los mejores libros del 2002, mientras que *El último lector* consiguió el premio honorario Narrativa Colima para Obra Publicada 2005, el XX Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares, el Premio de Narrativa Antonin Artaud 2005, y el reconocimiento como finalista en el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos 2005 y en el Premio Mazatlán de Literatura 2005. Su novela *El ejército iluminado* obtuvo el premio José María Arguedas 2008. La obra de Toscana, además de haber sido traducida al inglés, alemán, árabe, eslovaco, griego, portugués, serbio y sueco, ha sido reeditada en el caso específico de *Estación Tula* y *Santa María del Circo*. Sus cuentos han sido incluidos en antologías de literatura hispanoamericana que dan cuenta del pulso y la vitalidad de escritores actuales. Consúltense, por ejemplo, los trabajos compilatorios de Alberto Fuguet y Sergio Gómez (eds.) (1996), Leonardo da Jandra y Roberto Max (comps.) (1997), Mónica Lavín (comp.) (2000), Julio Ortega (comp.) (2001) y Martín Solares (selec.) (2003), entre otras.

4 Según Chávez y Santajuliana (2000), David Toscana se proyecta –contra toda lógica grupal– como un escritor de búsquedas y proyectos individuales, al igual que figuras como Mario González Suárez, Ana García Bergua, Jordi Soler y Ana Clavel, que no pertenecen a la llamada literatura del desierto pero sí a la generación mexicana de los sesenta.

En la narrativa toscana, la provincia, el desierto y la ciudad de Monterrey aparecen como escenarios recurrentes donde se entretienen las historias de personajes atípicos, algunos incluso esperpénticos, que luchan por sobrevivir a la monotonía o el desencanto de una sociedad que ha perdido la dirección. En este “realismo desquiciado”, como lo llama el autor, sobresalen la ironía y la parodia, elementos desarticuladores de la historia oficial con su séquito de héroes nacionales a los que se rinde culto ciego en las ceremonias de educación primaria.⁵

En *El último lector* aparece de nuevo la provincia porque la referencia espacial es el pueblo de Icamole, ubicado entre Coahuila y Nuevo León. El páramo desértico que en épocas prehistóricas albergó el mar es, en la novela, un paraje desolado por el que deambulan personajes polvorientos, casi fosilizados como los trilobites que recogen los turistas en el camino. No hay nada que rompa la monotonía en Icamole, salvo la misteriosa aparición del cadáver de la niña Anamari (después rebautizada como Babette) en el pozo de agua de Remigio, el único hijo de Lucio, el bibliotecario del pueblo. Esta línea argumental, que podría conducir a la búsqueda de un asesino y los motivos del crimen, se entrelaza con otra de no menos fuerza que constituye la historia de otra búsqueda: la de Lucio y su *devenir* como lector crítico y apasionado, como *el último lector*, inconforme con sus circunstancias y su mundo.

5 Aunque no es su objetivo principal, Toscana desacraliza las figuras históricas y, al mismo tiempo, ofrece una visión desprejuiciada de la provincia norteña, el espacio en que –como él lo ha señalado– encuentra de manera natural, sin poses ni ambiciones cosmopolitas, una realidad alucinante, compleja, contradictoria, y a partir de la cual es posible extrapolar los vicios, las necesidades y las utopías del ser humano a otras latitudes. Es probable que la “apuesta” por la provincia constituya uno de sus principales méritos, especialmente si se considera que después de la literatura de la Revolución Mexicana este espacio parece haber caído en cierto desprestigio.

Para Roman Ingarden (1998), la obra de arte literaria es una formación multiestratificada de carácter intencional o imaginacional intersubjetivo. Tiene su fundamento óptico en los actos creativos del autor, pero su consumación requiere la presencia de un lector que pueda revelar sus cualidades metafísicas en la apreciación armónica de todos los estratos constitutivos. De esta manera, la lectura es percibida como el proceso en que el lector aprehende el mundo intencional sugerido o apuntado por la obra de arte literaria y los valores que de esta se desprenden.

Lucio encarna al lector ideal que responde a los requerimientos del texto literario, pero que le exige a ese texto (la novela) lo que Roland Barthes (1974) planteó en “El placer del texto”: probar que la escritura desea al lector, lo busca, lo persigue, lo hace suyo, lo devora. Por eso, novela que no *prueba que desea un lector* es lanzada al fuego del olvido o, simplemente, destinada a ser la comida de las cucarachas. En este sentido, Lucio es un lector apasionado, puro⁶ y casi salvaje, que engulle de forma selectiva lo que llega a su biblioteca en Icamole. Desde este microcosmos en que reverberan la palabra, el tiempo y los personajes de numerosas novelas, Lucio se acuartela quijotesca para defenderse de una realidad que lastima: el calor desesperante, la falta de agua, la pobreza, la ignorancia, el desempleo, la indolencia gubernamental y el éxodo de las familias hacia donde puedan sobrevivir.

En Icamole el tiempo parece haberse detenido. Prima en el ambiente la sensación de que cada día es la lectura de una misma página. La ruptura de este “acontecer petrificado”

6 Ricardo Piglia (2005), en un libro homónimo al de Toscana, señala que los “lectores puros” son aquéllos para quienes la lectura no sólo es una práctica, sino también una forma de vida.

sucede justamente a partir del descubrimiento del cuerpo de Anamari, una niña de esas que en las novelas “se hicieron para desearse, ultrajarse o asesinarse” (p. 30), dice Lucio. La niña muerta plantea un enigma: es un texto para leerse e interpretarse. ¿Cómo murió? ¿Quién la mató? ¿Cómo llegó hasta el pozo de Remigio?...

El signo de la muerte que flota en el agua es también una paradoja: el movimiento y el cambio arriban a Icamole de manera subrepticia a través de la muerte, pues sólo a raíz de la desaparición de Anamari en Icamole todo se mueve. Van y vienen policías que interrogan a los habitantes; son inculpados inocentes, como Melquisedec, el repartidor de agua del pueblo; Remigio va de un punto a otro tratando de deshacerse del cadáver para no ser inculpado; Lucio entra y sale de los libros para mostrarle a su hijo que ya antes, en distintas novelas, estaban señaladas la vida –su vida– y las circunstancias en que los pobladores están envueltos. La vida *real* está marcada por el destino literario.

En la novela apócrifa *La muerte de Babette*, de Pierre Lafitte, el libro de cabecera empleado por Lucio para explicarse qué pudo suceder con Anamari, se lee:

A los doce años, Babette poseía la vanidad de una mujer mayor y gustaba de llevar vestidos ceñidos en la cintura, que mostraran un mínimo de pantorrilla. Adoraba los días de viento porque el revoloteo de su negrísimo cabello hacía fulgurar sus ojos claros, tristes, de plomo; ojos siempre viendo el horizonte, más allá de su delicada nariz. Aunque de piel muy blanca, al punto de traslucir venas azules en brazos y mejillas, no daba la impresión de ser enfermiza; todo lo contrario: quien la mirara detenidamente notaría una carne compacta, severa para su edad y casi varonil, a no ser porque unas incipientes formas de mujer comenzaban a perfilar una hechura de esas que silencian voces a su paso (pp. 29-30).

Al ser rebautizada Anamari como Babette (y ser llamada como tal a lo largo de la novela) se acentúa la fusión entre ficción y realidad. Las inserciones de las distintas obras



que lee el personaje principal se hacen muchas veces sin previo aviso al lector, de manera que éste asiste al entrecruce lúdico de dos dimensiones:

No le sedujo la trama sobre Fritz y Petra, una pareja que visita varios lugares en busca de un sitio dónde vivir, pues a Lucio le pareció una mera excusa para que Haslinger hablara sobre terremotos, plantas y animales, usando lo mismo nombres comunes que técnicos o en latín; sin embargo, cuando estaba por abandonar la lectura, la pareja arribó a un sitio que, a Lucio no le cupo duda, era Icamole. Fritz tomó la mano de Petra y la apretó con excesiva fuerza al sentirse tan entusiasmado. Me lastimas, dijo ella. Él respondió: Mira, Petra, nuestro paraíso... (p. 33).

Con intenciones de homenaje o parodia, el recurso al pastiche literario permite a Toscana exhibir su destreza en el manejo del lenguaje y, a la vez, ridiculizar la impostación o los vicios de los escritores que, en aras de mostrarse sofisticados, sacrifican la verosimilitud del relato. Algunas de las novelas que evidencian el periplo bibliográfico de Lucio son *El color del cielo*, de Brian MacAllister; *Ciudad sin niños*, de Paolo Lucarelli; *El otoño en Madrid*, de Jordi Ventura; *Los peces de la tierra*, de Klaus Haslinger; *Las nieves azules*, de Igor Pankin, y *El Manzano* de Alberto Santín.

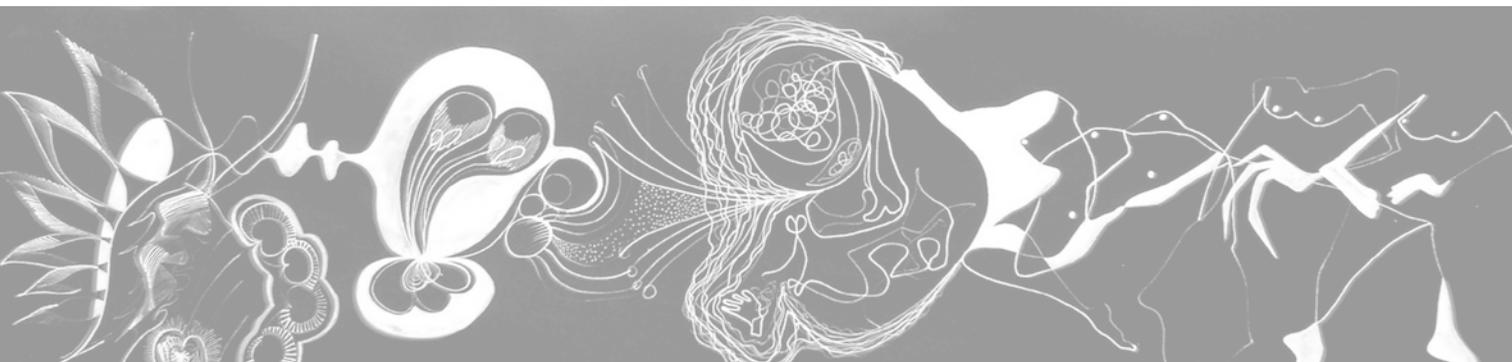
A su modo, cada uno de los personajes principales de *El último lector* busca algo, recoge pistas o fragmentos de una realidad inasible en que urge una certeza. A su modo, también son lectores e intérpretes ya del mundo real y sus objetos, ya del lenguaje literario y sus objetos proyectados; son, asimismo, signos de otro texto en que alguien los descifra. La existencia humana se muestra como una gran caja china.

En *El último lector* resulta claro el paralelismo de leer e investigar: en ambos casos se formulan hipótesis, premisas y rectificaciones de las ideas iniciales. El texto como realidad lingüística y el mundo como realidad se perciben de forma esquematizada y fragmentaria, ante

la imposibilidad de captarse en todos sus detalles y ángulos. El lector, “por su propia iniciativa, y con la actividad de su imaginación, ‘rellena’ los varios lugares de indeterminación con elementos escogidos de entre los muchos posibles y permisibles” (Ingarden, 2005: 74). Las manchas de indeterminación son resueltas por la actividad co-creadora del lector que, en este ejercicio, encuentra su razón de ser. Así, mientras un comandante, dos policías y la madre de Anamari buscan –en la *realidad* misma– pistas y claves que les faciliten conocer el paradero de la niña, Lucio apela a la literatura para llenar los vacíos o manchas de indeterminación; es decir, redescubre con la lectura de novelas la realidad que le circunda. El distanciamiento que provee la escritura, como palabra fijada, hace factible que se opere mucho mejor el entendimiento de la vida y sus iridiscencias. Para él, cualquier hecho real ha sido imaginado siempre con anticipación y superado, con creces, por la literatura.

Al contrario del dicho común que dicta que toda realidad supera a la ficción, en *El último lector* el arte de leer novelas es una experiencia más genuina y auténtica que la vida misma. Lucio, en diálogo con la madre de Anamari, expresa lo siguiente:

Viva Pancho Villa, cabrones, y la virgen de Guadalupe. Le rezan a uno y a otra, hacen sus propias novelas. Creen en ellas como usted y yo creemos en Babette [...]. [Creen] en ángeles, demonios, crucificados y tantas cosas que nadie ha visto ni verá más que a través de las palabras; entonces no me explico por qué se resisten a entrar en mi biblioteca, por qué piensan que hay un abismo entre la vida y el papel (p. 120).



Varios personajes como el hijo de Lucio, funcionarios culturales y algunos habitantes de Icamole se oponen a la idea de que la literatura es más real que la realidad y que tiene una función social: “Si acerco las manos al fuego, le dijo un hombre [a Lucio], me quemo; si me encajo un cuchillo, sangro; si bebo tequila, me emborracho; pero un libro no me hace nada, salvo que me lo arrojes en la cara” (p. 35).

Pero a Lucio se le revela que en el acto estético el sujeto “se siente en la apropiación de una experiencia del sentido del mundo, que puede descubrirle tanto su propia actividad productora como la recepción de la experiencia ajena” (Jauss, 1986: 73). El placer estético prodiga la experiencia de la multiplicación: ser otro a partir del otro. Como apunta Octavio Paz: “la revelación no descubre algo externo, que estaba ahí, ajeno, sino el acto de descubrir entraña la creación de lo que va a ser descubierto: nuestro propio ser” (citado en Vergara, 2001: 104).

Es importante señalar que el personaje principal no está mostrado como un desadaptado social o un ser separado del mundo. No, su carácter es pragmático, incluso cínico, y tiene un profundo sentido del humor y la ironía. Lucio ha extraído de la literatura la savia que le permite comprender los distintos matices de la existencia humana; ha descubierto la dimensión opalescente de la obra literaria, aquélla que “resulta una mediación entre vivir la obra como una experiencia ‘verdadera’ y reconocer la verdad representada y dada armónicamente en el mundo de la concretización” (Vergara, 2001: 95).

Finalmente, se debe decir que en *El último lector*, como resultado de la experiencia estética, la lectura es un acto de alumbramiento y revelación. Es allí, en ese desplegar del mundo frente al texto, como diría Paul Ricoeur (2001), donde el personaje principal, mediante la ficción, introduce en la realidad cotidiana nuevas posibilidades de *ser en el mundo* y, al hacerlo, alcanza a *tocar* a sus lectores. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, Roland (1974), *El placer del texto y lección inaugural*, México, Siglo XXI.
- Chávez Castañeda, Ricardo y Celso Santajulia (2000), *La generación de los enterradores. Una expedición a la narrativa mexicana del tercer milenio*, México, Nueva Imagen.
- Da Jandra, Leonardo y Roberto Max (comps.) (1997), *Dispersión multitudinaria. Instantáneas de la nueva narrativa mexicana en el fin de milenio*, México, Joaquín Mortiz.
- Ingarden, Roman (1988), *La obra de arte literaria*, México, Taurus/Universidad Iberoamericana [trad. Gerald Nyenhuis H.]
- Ingarden, Roman (2005), *La comprensión de la obra de arte literaria*, México, Universidad Iberoamericana [trad. Gerald Nyenhuis H.]
- Iser, Wolfgang (1993), “El acto de la lectura. Consideraciones previas sobre una teoría del efecto estético”, en Rall, Dietrich (comp.), *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*, México, UNAM [trad. Sandra Franco y otros].
- Jauss, Hans Robert (1986), *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, Taurus, Madrid.
- Ortega, Julio (comp.) (2001), *Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI. Las horas y las hordas*, México, Siglo XXI.
- Solares, Martín (selec.) (2003), *Nuevas líneas de investigación. 21 relatos sobre impunidad*, México, Era.
- Piglia, Ricardo (2005), *El último lector*, Barcelona, Anagrama.
- Ricoeur, Paul (2001), *Del texto a la acción*, México, FCE [trad. Pablo Corona]
- Toscana, David (1992), *Las bicicletas*, México, Fondo Editorial Tierra Adentro.
- Toscana, David (2001[1995]), *Estación Tula*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Toscana, David (2002), *Duelo por Miguel Pruneda*, México, Plaza y Janés.
- Toscana, David (2003 [1997]), *Lontananzas*, México, Editorial Sudamericana.
- Toscana, David (2004a), *El último lector*, México, Anagrama.
- Toscana, David (2004b [1998]), *Santa María del Circo*, México, Mondadori.
- Toscana, David (2006a), *Brindis por un fracaso*, México, Aldus/Conaculta.
- Toscana, David (2006b), *El ejército iluminado*, México, Tusquets.
- Toscana, David (2009), *Los puentes de Königsberg*, México, Alfaguara.
- Vergara, Gloria (2001), *Tiempo y verdad en la literatura*, México, Universidad Iberoamericana.